

EL ECÓNOMO, CAPACITADO PARA LA TAREA

Carlos Del Valle, svd
Director de la Revista Testimonio

Un buen ecónomo es un buen emprendedor. Por definición su tarea le lleva a recurrir a la creatividad y tratar de construir fondos y obtener beneficios, recaudar fondos entre bienhechores, reducir los gastos para hacer mucho con poco. Para poder cumplir con ese cometido, también hoy en la vida religiosa somos más conscientes de la importancia que tiene la capacitación, la claridad, la transparencia.

Un buen ecónomo ha de estar bien capacitado. Alguien que cuente con el conocimiento debido en materia jurídica, contable, económica, financiera; que sea sensible y muestre preocupación siempre por tener más información y mayor formación, de modo que pueda sustentar en sí mismo una cierta competencia en el campo de la economía mundial, con conocimiento de los principios de la economía moderna, conocimiento de las técnicas financieras actuales.

Es bueno que se considere permanente aprendiz, una actitud que le llevará a ponerse al día sobre las nuevas leyes que gobiernan el patrimonio, los seguros, la salud, pensiones, instituciones religiosas y educativas, empleados, impuestos. Es decir, si hemos visto que es importante responder a las exigencias de la pobreza evangélica, con la misma fuerza tenemos que afirmar la necesidad de que los ecónomos tengan una buena formación en economía, siempre configurada por la justicia social.

Asimismo el ecónomo es un hombre evangélicamente realista, ya que en el quehacer de la vida cotidiana va viendo cómo sus hermanos viven la vida consagrada observando el modo en que guardan, disponen, dan cuenta de su administración. Y en este sentido, también él debe ejercer como formador y educador de sus hermanos en aspectos financieros. Más concretamente quisiera aludir a algunas tareas del ecónomo que parecen necesarias, como servicio que está llamado a prestar en la comunidad:

- El ecónomo es el primero que anima a los miembros de la comunidad para que compartan los bienes como hermanos.
- Promueve la transparencia y responsabilidad entre los integrantes de la Casa, ayudándoles a crecer en la conciencia de la importancia que tiene el manejo de las finanzas para una vida consagrada encarnada en la sociedad de hoy.
- Asesora a los hermanos en la elaboración de presupuestos y contabilidades en las distintas instancias de la Casa y Obras.
- Da orientaciones válidas para la administración de los recursos económicos, ayudando así a otros a entender mejor. Impulsa la formación permanente en la dimensión de la administración.
- Promueve y realiza auditorías internas periódicas en las diferentes obras de la Casa, con la finalidad de tener en orden la contabilidad.

CONCLUSIÓN

Resumiendo los tres artículos podemos decir que la vitalidad y fecundidad de nuestra vida religiosa dependen en gran medida del modo como vivimos la concreción de nuestra pobreza evangélica. Con frecuencia en las reflexiones hablamos de la pobreza, de una vida sencilla, del trabajo y opción por los pobres...Sin embargo, no hablamos tanto de nuestra relación con el dinero, de cómo lo administramos y para qué lo usamos. Sabemos que los temas que más afectan nuestra vida son el sexo, el poder y el dinero.

Hoy el dinero mueve al mundo, y lo divide. También en las comunidades religiosas el uso del dinero es frecuentemente motivos de tensiones y conflictos, y hasta de infidelidades a la propia vocación. El dinero puede orientarnos o desviarnos de nuestro modo evangélico. Vamos multiplicando las necesidades y cada vez resulta más difícil establecer los límites entre lo necesario y lo superfluo. Es decir, como religiosos también necesitamos hacer un discernimiento comunitario continuo para orientarnos evangélicamente en la administración y el uso del dinero. El ecónomo debería ser el promotor que lidera y ayuda a realizar ese discernimiento en la comunidad.

Quizá nuestra formación en el pasado ha pecado de un espiritualismo que en la práctica nos aleja de la búsqueda de Dios en ciertas tareas de lo cotidiano. De ahí que lleguemos a separar el mundo de lo espiritual y el de lo financiero, encarnando incluso ciertas actitudes frente al dinero que de hecho muestran responsabilidad, ingenuidad, falta de libertad y poca generosidad.

El ecónomo provincial y el ecónomo de cada comunidad, deben ser la piedra en el zapato, la voz profética que despierta del letargo más o menos conscientes, que no permiten vivir en coherencia el Evangelio que se proclama.